

## HISTORIA DE UN ESPACIO URBANO GRANADINO: DE LA RONDILLA A LAS ACTUALES PLAZAS DEL CAMPILLO Y DE LA MARIANA

María José Martínez Justicia

Igual que las calles confluyen en las plazas, o parten de ellas, así la historia de las ciudades parece estar concentrada en estos espacios públicos y en sus transformaciones. En las plazas de nuestras ciudades están los testimonios de los cambios históricos más significativos de los perfiles urbanísticos de nuestros centros. La plaza como espacio de nadie y como espacio de todos, tiene, casi siempre, su origen en un lugar de encuentro que traduce la naturaleza comunal de una ciudad y, por ello, siempre en ella, o junto a ella, existen o existieron edificios que materializaron o crearon esos mismos servicios que le dieron vida y origen.

Granada, ciudad de trazado medieval, fue abriendo, a partir de 1492, sus recintos amurallados y creando, junto a sus puertas principales, lugares abiertos que, poco a poco, se fueron convirtiendo en espacios urbanizados en donde se centran actividades y usos y queda fijada la imagen simbólica de la vida oficial, pública o religiosa de la ciudad.

Singular importancia tiene recorrer la historia de estos espacios urbanos ahora, precisamente cuando las reformas de nuestras ciudades se encaran bajo otros imperativos dominantes, distintos, y en casos opuestos, a los de origen y en los que, con frecuencia, el interés común se pospone al interés particular, y la historia y el arte se consideran como obstáculos para lograr la ciudad moderna y actualizada.

Uno de estos conjuntos urbanos en Granada lo componen los espacios en torno al antiguo palacio de Bibataubín, hoy sede de la Diputación Provincial, compuesto por las Plazas del Campillo Alto, del Campillo Bajo, de la Mariana, de Bibataubín y Plaza o Puerta Real o Embovedado. La inacabada calle de Ganivet y la problemática reforma del barrio de S. Matías, hacen de esta zona tema atractivo para considerar su origen y su historia.

Ocupa este importante espacio urbano de Granada una considerable extensión en el lado sureste de la antigua medina, en torno, también, a una de las antiguas puertas de muralla, la de Bibataubín, —puerta de los penitentes o ermitaños, o, según otros, de los ladrilleros—, una de las más importantes de la ciudad y que fue incendiada por el Gran Capitán con anterioridad a la toma de Granada. Sobre ella, como era costumbre, los cristianos construyeron una capillita dedicada a la Virgen de la Paz, que desapareció al derribar la puerta.

El espacio ocuparía, más o menos, el del desaparecido Teatro Cervantes y los dos Campillos, Alto y Bajo, recibiendo el nombre de Redonda del Darro o Rondilla, donde en el s. XVI y en el XVII se ejercitaba la picaresca. Desde el XVI se les empezó a llamar a estos espacios el Campillo. En torno a ellos estaban las Mancebías: desde la Puerta de Bibataubín a la Real o del Rastro.<sup>1</sup>

El plano de Granada Árabe que en 1910 Seco de Lucena propone, valora la amplitud de este espacio, bastante próximo a la ribera del Darro, en su margen izquierda. Por su parte la Plataforma de Ambrosio de Vico, a comienzos del XVII, lo presentará igualmente amplio: defendido por la muralla, en cuyo espolón saliente destaca el castillo de Bibataubín. Así pues, este espacio urbano que, andando el tiempo se convertirá en un triple espacio concatenado, tal y como hoy se nos ofrece, constituirá “la llave de otros barrios importantes”, como apunta Valladar:<sup>2</sup> S. Matías, Santo Domingo, Las Angustias, S. Antón...

La puerta de Bibataubín, como afirma Henríquez de Jorquera, estaba próxima, “asida —dirá él— con el castillo de este nombre que le da puente a su famoso foso: es fábrica del Rey Mohamad Aben Alhamar y después ampliado y fortalecido por los Reyes Católicos”.<sup>3</sup> De la primitiva fortaleza sólo queda parte del torreón circular, restos de torreones y algunas partes de las habitaciones bajas que constituyen la acera derecha de la plaza de la Mariana, escribía Valladar en 1906.<sup>4</sup> Desde aquí, la muralla enlazaba con la Puerta Real, hacia el Oeste, y con las Torres Bermejas, hacia el Norte.

Este ángulo, de posición privilegiada, tuvo gran importancia en el conjunto de los elementos defensivos de la ciudad, lo que muy bien entendieron los Reyes Católicos, que mandaron edificar aquí un pequeño castillo, “de diez mil varas de extensión con sus fosos y puente levadizo que subsistió hasta 1718”<sup>5</sup>, que dependía del Alcaide de la Alhambra.

A principios del XVII, en 1604, el Ayuntamiento mandó derribar una de las torres de la muralla colindante con la puerta de Bibataubín, con lo que se inicia la decadencia de esta fortaleza. El texto de Henríquez de Jorquera nos dará precisamente la situación de este espacio a mitad del siglo. Aparte de referirse a la puerta, nos hablará de la existencia de una fuente: “En el Campillo de Bibataubín ay otra pila de dos caños de agua abastadamente del agua del Genil de a donde la pasan a el Castillo por un arco que atraviesa el foso”.<sup>6</sup>

El s. XVIII, en el que Granada apenas sufrirá cambios sustanciales en su estructura urbana,<sup>7</sup> centrará su interés en esta zona: Acera del Darro, Carrera del Genil, Carrera de la Virgen y, desde luego, el Campillo. El Ayuntamiento mandó dismantelar la vieja fortaleza en 1718, que carecía ya de su antigua grandeza militar, so pretexto de que era cobijo de malhechores. Se rellenaron los fosos y se derribó el torreón inmediato a la puerta, la cual sería derribada por los franceses a comienzos del s. XIX. Según relata Valladar, el mal estado urbanístico de la zona debía ser casi desesperante, como se deduce de los numerosos documentos existentes en el Archivo Municipal, en los que, continuamente, se pide a Felipe V y a sus ministros que se adecente el lugar y se rellenen los fosos, pues los coches de la nobleza granadina caían continuamente en ellos.<sup>8</sup>

Entonces se decidió construir allí un cuartel. En 1748 el rey cedió las ruinas, quedando el espacio dividido en dos plazas.<sup>9</sup> En la construcción de este cuartel se aprovechó parte de otro torreón musulmán, urbanizándose la parte interior que estaba delimitada por la cerca. Entre 1752-54 se realizó el actual edificio de la Diputación, hecho que, desde el punto de vista urbanístico, es decisivo para este espacio ya que, a partir de este momento, aparece, por primera vez, la configuración del Campillo Alto y Bajo.<sup>10</sup> Su imagen, con su portada barroca, de columnas salomónicas en piedra de Elvira, —realizadas no precisamente para este edificio, sino para las portadas laterales del Sagrario—, no afecta de manera directa, como elemento artístico capaz de dar carácter a estos espacios que analizamos, ya que su fachada mira hacia la hoy denominada Plaza de Bibataubín. Sólo su torreón circular del ángulo sureste es el que inci-

dirá en el llamado Campillo Bajo, el menos uniforme, —urbanísticamente hablando—, de los tres espacios originados en este lugar.

La Guerra de la Independencia sacudirá a Granada de su mediocridad dieciochesca, pero la repercusión de esta sacudida no tendrá excesiva incidencia en el aspecto artístico de la ciudad, aunque sí en el urbanístico.<sup>11</sup> Durante dos años la ciudad se vio sometida al dominio napoleónico, representado por los generales Sebastiani y Leval.<sup>12</sup> Sobre todo el primero intentó embellecer la ciudad, a costa, muchas veces, de bellos e importantes edificios monumentales ya existentes,<sup>13</sup> comenzando con ello “la metodología de la destrucción de nuestro patrimonio que, comprensible aún dentro de los intereses y la ideología del efímero poder que la decidió, ha seguido dominando las alternativas urbanísticas contemporáneas”,<sup>14</sup> y que fue especialmente significativa a lo largo de todo el s. XIX, en aras de un mal entendido liberalismo.

En esa empresa de embellecimiento entró de lleno la urbanización del Campillo y su configuración hasta 1966 en que desaparece el Teatro Cervantes. Ciertamente ya en 1802, el ingeniero Joaquín Pery había hecho los planos para el Teatro del Campillo, que se inicia en ese mismo año, y se termina pronto, pero dejándolo sin puertas ni ventanas, instalándose en él un almacén militar y sirviendo de cobijo a gentes de mal vivir. De aquí el que se instase al Ayuntamiento para que lo terminase. Sebastiani impulsa su terminación, “obligando a los ricos y aristócratas a dar dinero de forma que en 30 días quedó terminado”. Se inaugurará el 15 de noviembre de 1810, para conmemorar el nacimiento de Napoleón, bautizándosele con el nombre de Teatro Napoleón. Antes sólo se le denominaba Teatro. Pasada la invasión francesa, el nombre del emperador se suprimirá y, con motivo de celebrarse el tercer centenario de la publicación del Quijote, el nombre de Teatro Principal se sustituirá por el de Teatro Cervantes. Como se puede observar, a lo largo del tiempo, son múltiples las connotaciones que estas sucesivas denominaciones comportarán.

Considera Valladar que la denominación de Teatro Cervantes resulta muy apropiada, “como homenaje al autor del Quijote, porque en la época de Cervantes el Campillo formaba original conjunto de diferentes sitios, divididos por los fosos y las fortificaciones, castillo y puerta de Bibataubin, y en él estaba, —como ya hemos señalado—, el paraje que se llamó la Rondilla, y a cuyas academias de truanería concurrió el famoso ventero que armó caballero a D. Quijote. Ya en época de Henríquez de Jorquera, llamase a todos estos sitios el Campillo y formaban todos ellos una plaza”.<sup>15</sup>

Pero volvamos al teatro. El telón de la embocadura lo hizo el escenógrafo Luis Muriel en 1812, y en 1840, cuenta Valladar, lo decoraban efigies de Tirso y Moreto. En 1845 fue reformado lamentablemente, tras un período de abandono, quitándosele las columnas de mármol del segundo piso, de tipo mudéjar, y que provenían del convento de Sancti Spiritu, de donde pasaron al teatro al derribarse aquél. La silueta de este teatro, de aspecto sólido, definirá parte de los dos espacios: el del Campillo Alto, con su fachada lateral, y el de la Plaza de Mariana Pineda, con la principal.

Este mismo edificio albergó la Sociedad Liceo Artístico y Literario, fundado en 1838 en los bajos del Gobierno Civil de entonces y trasladada, en 1847, al exconvento de Santo Domingo. En 1906, “está en plena decadencia”, dirá Valladar. Entre sus miembros hubo ilustres artistas: Romea, Matilde Díez, Ronconi y Tamberlick. Su actividad era muy intensa: allí se dieron bailes de máscaras, se interpretaron óperas y zarzuelas, y se patrocinaron importantes revistas como “La Alhambra”, (1838-43) y el “Liceo de Granada”, (1869-74). Sin duda alguna, fue el centro de los movimientos culturales de la Gra-

nadadel XIX. Allí se coronó Zorilla en 1889. Las ideas más avanzadas, de tinte liberal eran manifestadas en estas tertulias, lugar de cita de la intelectualidad granadina. Junto al Liceo, cafés como los del Comercio, de Hurtado y el lugar conocido como “Losas del Teatro”, o más recientemente, el Alameda, eran escenarios de la práctica del ejercicio, —a veces sólo lúdico—, de la conspiración, en épocas de revueltas políticas. Todavía en los años veinte de nuestro siglo se reunían allí, en el citado Alameda, los contertulios del “Rinconcillo”: Lorca, Falla, Fernández Almagro, Montesinos, Gallego Burin, Juan Cristóbal...

Será precisamente a mitad de esta centuria, en 1857, cuando se establezca la distinción entre Campillo Alto y Bajo y ello debido a la urbanización que se llevó a cabo en torno al Teatro Cervantes, cuyos alrededores se desmontaron y se dividió el espacio mediante un muro de contención rematado por una balustrada en el Campillo Alto, dejando la circulación de carruajes en la parte baja, en torno a la entrada del teatro.<sup>16</sup> Así, pues, quedará configurada en esta zona, casi con las proporciones que hoy guarda, la actual Plaza del General Sanjurjo, más conocida por El Campillo, y en otros tiempos llamada de Maíquez, por ocupar su centro la columna erigida en memoria del insigne actor Isidoro Maíquez, muerto en Granada en 1820, en la casa nº 27 del llamado Campillo Alto.

El monumento se realizó sobre un modelo de D. José Contreras que dirigió la obra. “Tiene veinticinco pies de altura y nueve de base y es de piedra parda de Sierra Elvira. Se colocó el 17 de mayo de 1839”.<sup>17</sup> Es una obra muy sencilla: “un zócalo sobre el que descansa un pedestal labrado con estas inscripciones en letras de oro: “A la memoria de Isidoro Maíquez. - Fenelón, Rico hombre de Alcalá, vano humillado. - Caín. Oscar, hijos de Edipo. - Dedicado por Julián Romea, Matilde Díez y Florencio Romea”. En el pedestal descansa una elevada columna estriada con una banda arrollada que dice: “Gloria al Genio”, y en vez de capitel tiene por coronación un vaso cinerario coronado de laurel”.<sup>18</sup>

Es curioso como en torno a estos años este espacio urbanístico adquiere unas connotaciones culturales, eruditas, artísticas y literarias, representadas no sólo en su teatro y cafés-tertulias, sino en este elemento mueble de la plaza: el monumento a Maíquez. La Cuesta del Progreso, La Plaza de los Campos Eliseos, —denominación excesiva para tan humilde plaza—, serían nombres que completarían los significados de estos espacios.

Cuando Valladar escribía su guía, en 1906, el monumento a Maíquez había sido trasladado al cementerio, gracias a la iniciativa de la Comisión Municipal de Ornato, quien aseguró haber encontrado el cuerpo del actor, que había muerto solo y pobre. Valladar critica esta decisión de trasladar la columna del lugar en que Romea quiso colocarla para honrar su memoria, frente al teatro donde actuó por última vez.<sup>19</sup> Aquí, en el cementerio, estuvo hasta 1920 en que se instaló en los jardines del Genil, desde donde pasó, en 1942, a la Plaza de Los Tiros.<sup>20</sup>

En el lugar ocupado por este monumento, se había instalado, en 1854, una fuente de piedra, con una pila dodecagonal en mármol de Elvira, y una doble taza: una primera más grande y avenerada, que derrama cuatro caños de agua sobre la pila, y, rematando, otra más pequeña, rodeada por pequeñas esferas que se monta sobre un elegante grupo de tres delfines entrelazados por las colas. Todo ello en mármol blanco.

Otro de los elementos urbanísticos definido de esta plaza lo constituyó la casa nueva del Campillo, sobre la cual se publica un curioso artículo en la revista “La Alhambra”,<sup>21</sup> y que servirá a su autor para

hacer toda una disertación sobre las apariencias y la ostentación, y donde se establece la comparación entre la imagen del teatro, que más bien parece un almacén de madera, —pues su belleza está dentro—, y esta nueva casa, que parece apabullarlo con su grandeza. También la columna de Maiquez ha perdido su primitiva proporcionalidad, con respecto a los elementos inmuebles componentes de la plaza. Ahora aparece empequeñecida, y añade el autor del artículo: “pero así debe ser porque si ella está dedicada al mérito, tiene ya la doble significación del estado en que se encuentra nuestra escena”. Independientemente del tono literario y las intenciones moralizantes que se desprenden de la lectura de este texto, lo que es bien cierto también es la conciencia que el autor tiene de cómo esta nueva casa se ha convertido en un elemento perturbador con respecto a su entorno.<sup>22</sup>

Durante los dos últimos años este edificio ha sido sometido a un proceso de total reestructuración en su interior; con muy buen criterio se ha conservado su fachada, pero esto no era suficiente; era necesario seguir manteniendo el elemento perturbador, trasladado ahora al último piso, de nueva construcción en forma abuhardillada que constituye un pésimo remate y que para nada encaja en el ambiente.

En la actualidad esta Plaza del Campillo está muy transformada, sobre todo en sus volúmenes circundantes. El bajo volumen del teatro desapareció en 1966 para dejar paso a una gran manzana de nueve alturas que ocupará todo este lado de la plaza. La casa del antiguo Hotel Alameda, la “nueva”, con su fachada en ángulo, ya no es la dominante y pondrá en comunicación el Campillo con el espacio triangular, abierto, del Embovedado, importante punto de confluencia de grandes arterias del centro actual de la ciudad: Reyes Católicos, Carrera del Genil y Carrera del Darro. Las alturas más pequeñas las constituyen las casas de la acera Este, que quedarán en proporción más armónica con lo exigido por el espacio. Cuatro gigantes plátanos dan frondoso aspecto a esta plaza que queda totalmente abierta por uno de sus lados, el Sur, al Embovedado.

“La plaza jaula, —dirá Gallego Burín—, una gran jaula de pájaros cantores. Jaula rectangular con aristas de unos plátanos gigantes. En su fronda, los ruiseñores han formado una pequeña república. Y el arroyo fresco que los acompaña en su música y calma su sed, es esta fuente modesta, simple, simétrica como la plaza misma, que derrama el agua de su taza, a borbotones alegres y cantarinos”.<sup>23</sup>

Las imágenes evocadoras de este conjunto quedaron igualmente fijadas, en este caso gráficamente, por los grabadores del XIX. Vivian se interesó especialmente, en 1839, por este bello rincón, cuyo ambiente típico, con sus bellas e irregulares casas, —pero extraordinariamente armónicas en su irregularidad—, con balcones y cierres, plasmó en varias obras.<sup>24</sup> Ambiente popular en el que se mueven también personajes castizos y donde los puntos referenciales del paisaje que se incorpora a la plaza, se marcarán con las torres de la Alhambra, la cúpula de Santo Domingo o la Iglesia de S. Matías.

También Ford ofrece otro grabado donde ya se aprecia un amplio espacio a la margen izquierda del Darro: el Campillo. No hace demasiadas concesiones al pintoresquismo. Y Doré recoge en otra de sus obras una visión, también romántica y pintoresca de este espacio, con aspecto de plaza pueblerina, con casas antiguas, con rejas y balcones y “gente desocupada”.

La actual Plaza de Mariana Pineda se configura también en el s. XIX. Se le llamó, con anterioridad, Plaza del Campillo Alto y de Bailén. Fue en 1833 cuando el Capitán General de Granada, D. Francisco Javier Abadía, decidió iniciar su construcción, y se acabó en 1843. Uno de sus lados estaba determinado por la facha principal del Teatro Cervantes, como ya se ha dicho. En su centro está colo-

cada la estatua de Mariana Pineda, la heroína granadina, mandada erigir por el municipio en 1841, a los 11 años de su muerte. Se realizó entre 1869-70. Tendría que haber sido de bronce.<sup>25</sup> Sobre diseño de Manuel González, no demasiado acertado, la ejecutaron en mármol Miguel Marín y su discípulo Francisco Morales.

El juicio de Jiménez Serrano sobre el valor artístico de este monumento no es muy favorable: “Los intelectuales, —dirá—, criticaron mucho la traza de este monumento y no desprovistos de razón. Los zócalos denotan pobreza y las escaleras sobre no tener objeto, perjudican al buen efecto y son contrarias a la esencia de estas obras: los escalones incitan a subir y al lugar que ocupan los héroes no suben sino los héroes por la escalera de la inmortalidad. Por último, las inscripciones no son ni pocas, ni filológicas, ni breves, y la belleza de estos monumentos consiste en la sencillez”.<sup>26</sup>

Tanto Gallego Burín como García Ladrón de Guevara coincide en que esta plaza posee un acento triste. ¿Quizás la heroína lo exija? Ciertamente, no se trata de una plaza con demasiado ambiente y, sin duda, su “aire” quedó transformado al desaparecer el Teatro Cervantes, que durante un siglo atrajo a su alrededor una gran actividad.



Detalle de la plataforma de Ambrosio de Vico, 1613





Plaza del Campillo, Grabado de Vivian (1839)



La Plaza de la Mariana a principios de siglo. Foto Ayola



La plaza de Mariana, desde la acera donde estaba el Teatro Cervantes, destruido en 1966, tal como se encuentra en la actualidad

La urbanización de la Manigua, en tiempos de Gallego Burín, afectó también a este espacio, ya que el final de la calle Ganivet incide en él de forma directa.<sup>27</sup> Sus antiguas alturas, de una o dos plantas como máximo, y sin ninguna calidad artística, —algunas con resabios moriscos, como se nos aparecen en las testimoniales fotografías de Ayola—, le conferían cierto aspecto pueblerino, pero dejaban ver al fondo la belleza del trazado sinuado de los perfiles nevados de la Sierra. En la actualidad, los nuevos edificios, mayores en altura, no han sido tampoco capaces de aportar una dignidad arquitectónica importante, ni siquiera una unidad. Sin embargo, la vegetación, mucho más crecida, envuelve el ambiente, y concretamente la estatua, que ya no destaca tanto y que parece haber perdido su absoluto poder centralizador del espacio; ahora su presencia es más discreta.

El tercer episodio de este antiguo espacio común que analizamos, lo constituye el actual Campillo Bajo, en el ángulo Sureste. Totalmente despersonalizado, debido a los volúmenes que a él se han incorporado recientemente. Su pavimento, sin criterio urbanístico unitario, se distribuye en aparcamientos para coches. De él parten dos calles paralelas, en dirección al Paseo del Salón. No existe en él ningún tipo de unidad, ni elementos muebles capaces de armonizar y relacionar sus perspectivas. Es un lugar de enlace entre la Plaza de Bibataubin y la de Mariana Pineda.

Analizando estos espacios múltiples, pero encadenados, podemos observar cómo se distribuyen en torno a la manzana ocupada por el Palacio de Bibataubin y las casas posteriores a él. Y todos ellos ocupan un importante papel dentro de la distribución del tráfico, muy intenso en esta zona. Siguen constituyendo, de alguna manera, “la llave” a la que aludía Valladar. Recibe el tráfico de S. Matías, la Carrera del Genil y la calle de las Moras y lo distribuye hacia Ganivet y Cuesta del Progreso, fundamentalmente, sirviendo de enlace entre el actual centro de la ciudad y la zona alta, hacia el Campo del Príncipe.

NOTAS

1. Antes las Mancebías estuvieron situadas más hacia los alrededores del centro de la antigua medina, junto a la antigua parroquia de la Magdalena, que ya, en 1614, se les llamaba “mancebías viejas”, quedando sólo como recuerdo la denominación de “rincón de las vagos” o la “acera de los valientes”, con lo que hasta no hace mucho se denominó a los sitios próximos a la puerta de Bibarrambra.

2. Valladar, Fco. de P.: *Guía de Granada*. Granada, Paulino Ventura, 1916, pág. 453.

3. Henríquez de Jorquera, F.: *Anales de Granada*. Granada, Edición de A. Marín Ocete, 1934, T. I, pág. 14.

4. Valladar, Fco. de P.: Op. cit., pág. 454.

5. Gómez Moreno, M.: *Guía de Granada*. 2 vols. Edición facsimil de la de 1892. Granada, Universidad-Instituto Gómez Moreno, 1982, pág. 239.

6. Henríquez de Jorquera, F.: Op. cit., pág. 49.

7. Valladar, Fco. de P.: *El Campillo y la Carrera*. “Alhambra”, XVIII, 1915, págs. 65-67, 232-234 y 330-332.

8. Valladar, Fco. de P.: *Guía...* pág. 454.

9. Gómez Moreno, M.: Op. cit., pág. 239.

10. Echevarría, J.: *Paseos por Granada y sus contornos*, Granada, Imprenta Nueva de Valenzuela, 1814, 2 vols. Vol. II, págs. 79-80.

Gallego Burín, A.: *Granada, Guía artística e histórica de la ciudad*. Edición revisada por Fco. Javier Gallego Roca, Granada, Ed. D. Quijote, 1982, pág. 189.

11. Urbanización de las riberas del Genil: Paseos de la Bomba y el Salón.

12. Gallego Burín, A.: *Granada en la Guerra de la Independencia*. Granada, 1923, págs. 68-103.

13. S. Agustín, S. Francisco de la Alhambra, Santo Ángel, S. Jerónimo, con cuya torre se hizo el Puente Verde. López Jiménez, J.L.: *El teatro Cervantes: un proyecto para la ciudad*. “Olvidos de Granada”, nº 4, págs. 10-11. Granada, febrero, 1985. Apunta el autor como la construcción del edificio supuso el comienzo de “una serie de intervenciones para la reforma del centro histórico de la ciudad” que se llevaron a cabo durante todo el s. XIX.

14. Henáres Cuéllar, I.: *Granada*. T. IV. Granada, Ed. Andalucía de Ediciones Anel, 1982, pág. 1311.

15. Valladar, Fco. de P.: *Guía...* pág. 494.

En efecto, en el vol. I Capítulo 3º, págs. 90-94 (edición de Clásicos Castellanos de 1964), Cervantes traza una especie de mapa picaresco de la España contemporánea a él, donde se señalan los lugares típicos a los que solía concurrir la picaresca: entre ellos la Rondilla de Granada.

16. Gallego Burín, A.: *Guía...* pág. 210.

17. Jiménez Serrano, F.: *Manual del artista y del viajero en Granada*. Granada, Ed. D. Quijote, 1981, pág. 329.

18. *Ibidem*, págs. 329-330.

19. Valladar, Fco. de P.: Op. cit., pág. 497.

20. Juste, J.: *La reforma de Granada de Gallego Burín (1938-1951)*. Granada, Antonio Ubago Editor, 1979, págs. 87-104.

21. Roda, N. de.: *La casa nueva del Campillo*. “La Alhambra”, Granada 1840, págs. 388-390.

22. Algo muy similar ha ocurrido en época reciente, con el nuevo edificio del Banco de Vizcaya, en la Plaza del Carmen, que ha perturbado, de forma agresiva toda la armonía en esta plaza y que radicaba, precisamente, en el módulo mantenido por sus edificaciones.

## HISTORIA DE UN ESPACIO URBANO GRANADINO

23. Gallego Burin, A.: *Plazas granadinas*, "Boletín del Centro Artístico" nº 13, Granada 1924, pág. 8.

24. Vivian, G.: Fue un grabador inglés, (1789-1873), que en su obra *Spanish Scenary*, London, 1838, insertó 25 litografías, 5 de ellas granadinas. En *Scenary of Portugal and Spain*, incluye 35 dibujos, 2 de Granada.

25. Gómez Moreno, M.: *Breve reseña de los monumentos y otras obras de arte que ha perdido Granada en lo que va de siglo*. "La Alhambra", Granada, octubre, 1884, pág. 2. "Las campanas, candelabros, jarrones y demás objetos de bronce se fundieron, reservándose gran cantidad de este metal para una estatua que había de erigirse a Dña. Mariana Pineda. que por entonces no se hizo, sin que se supiera el paradero del metal destinado a ese fin".

26. Jiménez Serrano, F.: *Op. cit.*, págs. 326-327.

27. Gallego Burin, A.: *Plazas...* pág. 8.

García Ladrón de Guevara, J.: *Plazas de Granada*. Granada, obra Cultural de la Caja de Ahorros. 1972, pág. 14-15.

Juste, J.: *Op. cit.*, págs. 87-104.